



RETRATOS
VISTAS DE TODOS LOS PAÍSES
MONUMENTOS

EL CASCABEL

COSTUMBRES
LAMINAS DE LA GUERRA
CARICATURAS

No se devuelven los originales que se reciben.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

Se regala a los suscritores el Almanaque de la Ilustración.

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.
NÚMERO DEL DIA DOS CUARTOS.

MADRID 3 DE MAYO DE 1874.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS.
NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: PLAZA DE MATUTE, NÚM. 2: MADRID

ADVERTENCIA

La Administracion de EL CASCABEL, *Los Niños, La Primera edad, Cuentos de salon y obras de D. C. Frontaura* está desde ahora a cargo del Sr. D. Francisco Vargas.

LA NOCHE DEL DOS DE MAYO.

(1808)

Estamos en una pobre habitacion de la calle de Santa María, cuyas blancas paredes denotan que nunca han estado reñidos la pobreza y el aseo. Una puerta, que da entrada a la habitacion, permite ver el patio de la casa menos limpio, ciertamente, que esta, y del cual parte una escalera que da subida a los muchos cuartos que en los pisos principal, segundo y tercero dan albergue a numerosas familias de las clases pobres de Madrid. Una ventana interrumpe la monótona blancura de las paredes, y por entre sus cruzados hierros y baja celosía de madera verde se ve a los escasos transeuntes que recorren la calle.

En uno de los rincones de la habitacion, hay dos fusiles, como si guardasen el dormitorio inmediato, separado de la sala principal por una cortina de grandes ramos.

En el centro hay un banco de carpintero y herramientas del mismo oficio.

Sobre una rinconera de caoba y alumbrada por una lamparilla, la imagen, toscamente pintada, de la Virgen de la Paloma. Delante de la imagen una mujer absorta en la oracion y derramando copiosas lágrimas.

Un leve ruido de la puerta la hace de pronto estremerse y levantar la cabeza, para volver a caer en seguida en su primitivo abatimiento.

—¿Vienes sola?... es lo único que se la oye preguntar a otra mujer, joven, de negros cabellos y ardiente mirada, que es quien acaba de entrar en la habitacion.

—Sola... contesta la interrogada con igual laconismo y análoga tristeza.

Y a fé que el dolor es justificado en ambas.

Marta, la dueña de la habitacion, espera a su hijo Tomás desde hace doce horas, y semejante tardanza, despues de la encarnizada lucha de aquel dia entre las tropas francesas y el vecindario de Madrid, causa

en su alma las mayores inquietudes. Su maternal cuidado la hizo buscar en un armario dos grandes pistólas que pertenecian a su anciano padre, y las pistólas no estaban... ¡Cómo no temblar por la ausencia de Tomás, muchacho de veinte años, arrojado hasta la temeridad, y enemigo de los franceses, como lo era todo el verdadero pueblo de Madrid! ¡Cómo no llorar su ausencia, cuando todas las pesquisas hechas en su busca habian sido infructuosas!

La mujer más joven, María, tiembla también por la suerte de Tomás, que es el elegido de su corazón, y por la de su padre, Jaime, ausente también de la casa desde aquella mañana.

Hemos dicho cuán justificado era por el dolor y la igualdad de sus causas el laconismo de ambas mujeres; pero otra razón no menos importante, las obligaba a ser poco expansivas. Dos granaderos franceses ocupaban la alcoba en concepto de alojados, siendo suyos los fusiles a que hemos hecho referencia y algunas prendas de uniforme repartidas por las sillas.

Al cabo de algunos momentos rompió de nuevo el silencio la más joven de aquellas mujeres, para preguntar:

—¿Y el abuelo?

Y como si obedeciera a una evocacion apareció en la puerta de entrada un anciano que apenas podía moverse sin el auxilio de un grueso bastón de nudos, y cuyos cabellos, blancos como la nieve, y cuidadosamente recogidos en una redecilla, daban un aspecto venerable a sus facciones todavía varoniles.

Aquel anciano, padre de Marta, y abuelo por lo tanto de Tomás, era conocido por dicho grado de parentesco más que por su nombre, no sólo en la calle de Santa María, sino en todo el barrio de que aquella forma parte.

Marta y María se acercaron cariñosamente al anciano, aunque sin preguntarle nada. Su llegada sin Tomás era, por otra parte, bastante significativa...

El abuelo se dejó caer en un sillón de cuero, y pasados algunos momentos en que sin duda descansaba de la agitacion de su paseo, dijo, como hablando consigo mismo y sin que nadie le interrogase:

—Pues... nada... las patrullas de gabachos no dejan andar por las calles... Y como uno ya es viejo... le insultan ó le desprecian...

—Pero, la lucha... preguntó ansiosamente Marta.

—Terrible, hija... ¡Oh, ya llevan bastante que contar los gabachos!...

—¿Y mi padre?... ¿Y Tomás?... preguntó a su vez María.

—Son muchachos, contestó el abuelo, animándose por momentos, y si se han visto amenazados... ¿quién sabe?... un fusil no pesa mucho, y puede disparar bastantes balas... y las balas dan la muerte a los franceses.

—Algo me oculta V., padre.

—Yo... no tal... sospecho que habiendo quien se bata a un hombre, como Tomás... puede haberlo hecho... En cuanto a Jaime, que es muy templado, si pudo llegar hasta la calle Ancha ó la de San José... el Parque está cerca... y allí se ha luchado con desesperacion...

—¡Oh!

—Pero, esto no es decir que tu padre estuviera allí...

El abuelo se levantó de su sillón y haciendo que se acercasen a él ambas mujeres, añadió en voz más baja:

—Pero, lo más terrible no es la lucha, sino la venganza... Dicen que todos cuantos han sido cogidos con armas serán juzgados en consejos de guerra... ¡y fusilados! Murat no perdona nunca... Triste será su fin si la Providencia no es con él más misericordiosa.

II.

—¡Maruja! aprieta fuerte,—decía poco despues un nuevo personaje, alto, fornido y vistiendo el característico traje de los chisperos, que acababa de entrar en la habitacion.

—¡Padre!

—¡Jaime!

—La bala que ha de darme a mí la muerte no se ha fundido aún.

Y el chispero abrazaba alegremente a su hija María.

Esta le hizo una seña y comprendiendo Jaime repentinamente lo que significaba el dolor de Marta y del abuelo, reprimió su entusiasmo, y conoció la necesidad de llevar algun consuelo a las almas de sus amigos.

—¡Caramba! ¿Con que todavía no ha vuelto el niño?... Pero, ¿a qué llorar?... ¡no he vuelto yo! Pues él tambien volverá... Ea, Marta, abuelo... ánimo...

Y Jaime, más comunicativo que nunca, refirió detalladamente los horrores de aquel dia, que habrá de ser memorable para siempre en la española historia. Refirió la agitacion del pueblo, la criminal e injustifi-

nablemente a Valentín y ama su memoria tanto como nosotras; la vista de estas prendas le ha trastornado. No busquemos otras explicaciones.

—Me satisfacen esas, hija mia; nuestro Valentín era un ángel de cuya pérdida no puede consolarse su familia, ni aun sus amigos.

El general era un hombre vigoroso, fuerte; rayaba apenas en los 56 años; habia hecho la guerra durante los siete que D. Carlos la sostuvo abierta en los campos de Navarra. Ostentaba en su pecho dos cruces laureadas de San Fernando y acibillaban su cuerpo honrosas cicatrices, recibidas en la guerra de Africa, heridas mal curadas que le obligaban todos los veranos a buscar en las aguas medicinales un soñado alivio, y hallaba sólo la seguridad de que sus dolores iban en aumento, lo cual le tenia siempre de un humor de todos los diablos.

No habia soltado el brazo de su hijo hasta llegar a su despacho, cuya puerta cerró con llave.

—¡Caballero! dijo en tono descompuesto y mirada iracunda. ¡Caballero! repitió; está V. delante de su padre, delante de su juez, ¿me comprende V.?

—Le comprendo a V., padre mio.

—Estoy hartó de ver a V. dia y noche suspirar y gemir como una mujerzuela de poco más ó menos. Estoy hartó de la inaccion en que ha caido V. de algun tiempo a esta parte. Ha dejado V. la carrera de las armas en la que yo y los gloriosos antepasados de usted ganaron una honra que me pesa de transmitir a un...

—¡Padre mio! exclamó Genaro queriendo atajar las injurias que iban a llover sobre su frente.

—Si, una honra que no puede V. sostener sobre sus hombros.

—¡Ah! no me injurie V., padre mio, no soy digno de esos ultrajes.

—Lo es V., caballero; por que si yo a sus años hubiera visto que otro hombre se dirigia a mi padre con palabras irónicas, con miradas provocativas, me hubiera lanzado a él y le hubiera estrangulado, ¿me en-

tiende V.? Mi clase, la suya, mi edad, el respeto a unas señoras que estaban en su casa pudiérb detenerme a mí, remitiendo la satisfaccion para otro sitio; pero en un corazón de 20 años son disculpables todos los arrebatos cuando los provoca el amor de un padre a quien se ultraja villanamente delante de unas damas. ¿Entiende V., caballero? ¡ira de Dios!

—¡Digo bien digno de lástima, padre mio!

—¡Digno de lástima! ¡Oh! no sabe V. las palabras que ha pronunciado, caballero; ahora, aquí mismo va usted a descórrer el velo misterioso que encubre las acciones de V. de algun tiempo a esta parte. Esa mujer a quien V. ama y en cuyo amor se cifra su dicha, ha llegado a desconfiar de V., a creer tal vez que rehúye V. un compromiso tan tierno como sagrado, puesto que viene de la infancia. Esa mujer dejará de amar a V.

—¡Ah! no; no; ella dejar de amarme, padre mio; estoy seguro de que su corazón es mio, mio sólo.

—Esa mujer no podrá amar a un hombre que baja su vista y permanece mudo cuando insultan a su padre; ¿comprende V.? Esa mujer guardará en su corazón el más profundo desprecio para quien se llama su amante y mira con estúpida indiferencia los pretextos con que otro hombre se acerca a ella, en busca de su amor acaso.

—¡Cómo! ¡él! ¡él en busca de su amor!...

—Y por qué no? Si pretendia que esas prendas llegasen a manos de esas señoras, ¿cómo no se ha valido de V. con quien le ligaba una amistad antigua, cómo ha venido a entregarlas directamente? ¿No comprende V. una doble mira? ¿No ve V. en eso una intencion torcida? Sus palabras entrecortadas, la sorpresa que le causó nuestra inesperada presencia son indicios de que ese hombre no abriga buenas intenciones cerca de esa familia, y, despues de todo, ¿sabemos acaso la procedencia de esas alhajas?

—¡Ah! no, en cuanto a eso... es un hombre honrado; conozco sus antecedentes, padre mio.

(Se continuará.)

LAS CORRIENTES DE LA VIDA.

NOVELA ESCRITA

POR

Teodoro Guerreró, Antonio Hurtado, Ramon de Navarrete, Pilar Sinués de Marco, Luis Vidart, Manuel Juan Diana, Francisco Perez Echevarria, Francisco Luis de Retes, Ricardo Sepúlveda, Angela Grassi, Manuel Ossorio y Bernard y Carlos Frontaura.

CAPITULO SEXTO.

Por M. J. Diana.

SITUACION RESPECTIVA DE LOS PERSONAJES DE ESTA HISTORIA.—MENSAJE.—REVELACION.

No comprendia la inaccion, la casi estúpida indiferencia de su hijo ante una conducta extraña y sorprendente, puesto que aquel hombre y su hijo se llamaron amigos y vivieron siempre en la mejor armonía.

Creyó, pues, que la presencia de aquellas señoras podría estorbar una franca explicacion de su hijo y cogiendo a éste del brazo, le sacó bruscamente del letargo en que se hallaba.

—¡Vamos! le dijo.

Genaro alzó los ojos, los clavó en Consuelo, hizo una reverencia a su madre y salió de la sala.

—Es extraña, murmuró Leonor al verse a solas con su hija; es extraña la conducta de Genaro de algun tiempo a esta parte.

—No, extraña no, madre mia; Genaro amaba entra-

cada acometida de los franceses en la plaza de Palacio, as luchas, cuerpo á cuerpo, sostenidas en la Puerta del Sol; la gloriosa defensa del Parque de Artillería y la heroica muerte del capitán D. Pedro Velarde, cuyo cuerpo, aún caliente y despojado de su uniforme, había sido envuelto en una tienda de campaña, digno sudario del cadáver de un héroe; la intrepidez de don Luis Daoiz, azotando con su espada el rostro del jefe francés y siendo muerto á bayonetazos por infinitos enemigos.

Jaime había prestado tal interés á su narración, que todos sus oyentes le escuchaban con ansiedad y olvidados en cierto modo de la desgracia que temían y que más directamente les tocaba.

—Nos han vencido, concluyó diciendo el orador; ¡pero que tengan cuidado los franceses, que la tierra española no deja perder las simientes y puede darles abundante cosecha de venganzas!

—Oh, Jaime,—interrumpió Marta,—no hables de venganzas. Quién sabe la suerte que aguarda á los prisioneros... Quién sabe si mi Tomás lo estará...

—¡Bobería!

—O si habrá muerto....

—¡Otra te pego!... Pues si le he visto esta mañana batiéndose, que daba gloria verle... Ahora, estará escondido.

—O prisionero... ¡Van á matarle, Dios mío!

—Que no fusilan á una mosca....—repuso entre amostazado y temeroso Jorge:—esta misma tarde se ha publicado un bando, por el que se perdona á todos los que entreguen las armas!

Un lejano redoble de tambor, hizo que todos guardasen silencio.... En aquel momento hubiera podido escucharse el latido de sus corazones.

—¿Qué ruido es ese?... preguntó el abuelo.

—¡Oh! ¡nada! le contestó Jaime, fingiendo tranquilidad.

Otro ruido, más característico y más fúnebre, le siguió á poco: el de una descarga.

Marta y María cayeron de rodillas delante de la imagen de la Virgen.

El abuelo, con una sobrescitación impropia de sus años, asió á Jaime de la muñeca, diciéndole sordamente:

—¡Callas!... ¡callas!... ¿Qué es eso?... —

—Tal vez la tempestad...

Otra descarga más nutrida que la primera pareció desmentir á Jaime.

El abuelo se irguió y acercándose más y más al chispero, sin soltarle nunca, le dijo casi al oído:

—¡Jaime! Acaso mi nieto perece ahora, víctima de la venganza.... su madre y su novia sólozan acongojadas... ¡y en esa alcoba duermen dos franceses!

—¡Abuelo! Qué quiere decir....

—Aquí hay dos armas.... Tú lo has dicho, Jaime, nuestra tierra no deja perder las simientes... ¡Venganza! ¡venganza!

Y el abuelo arrastró á Jaime hasta el lugar en que estaban los fusiles: el chispero pareció aun vacilar y se pasó la mano por los ojos, como si quisiera quitarse una venda de sangre... Despues, tomó uno de los fusiles resueltamente....

Marta y María, comprendiendo repentinamente el funesto proyecto de los padres, se interpusieron entre ellos y la alcoba.

—¡Padre! exclamó Marta, ¡la justicia divina no falta nunca!

—Pero, tarda muchas veces! contestó sombrío el abuelo, y desasiéndose de su hija.

III.

El crimen no llegó á realizarse.

En aquel momento supremo, y al tiempo mismo en que se escuchaba en lontananza una tercera descarga, Tomás llegaba á la habitación de la calle de Santa María, herido levemente.

Los alojados se habían salvado, y las dos familias, que poco despues habían de constituir una sola, unían sus oraciones ante la imagen de la Virgen de la Paloma.

M. OSSORIO Y BERNARD.

ENTRE SÁBANAS.

COLECCION DE SERMONES NOCTURNOS DIRIGIDOS POR DOÑA MANUELA AL SEÑOR PEREZ, SU ESPOSO.

QUINTO SERMON.

Doña Manuela quiere que su madre venga á vivir en el domicilio conyugal.—Espanto de Perez.—Al fin Perez dá su CON—SENTIMIENTO.

—Perez, ¿te dura todavía la mala cara que pusiste esta tarde porque las chuletas estaban pegadas?... ¿Dices que no?... Bastante lo he sentido, porque á mí me gusta que comas bien, y tengo una satisfacción cuando veo que una cosa te gusta, pero, hijo, yo no

puedo estar en todo, y aunque prepare bien las cosas, á un volver de cabeza, la muchacha, que es una bestia, lo echa á perder todo. Así ha sucedido hoy; estaba yo en la cocina, se pegaron los niños en la sala, y mientras fui á ver lo que había pasado, esa bruta me estropeó las chuletas que tenía yo puestos en ellas los cinco sentidos. Tuve una sofocación que no te puedes figurar, y luego cuando ví la cara que ponias me hubiera dado de bofetones, porque yo tengo vergüenza y sé la obligación de ama de casa, y aunque tú no seas conmigo como deberías, á mí me gusta cumplir como es debido, que para eso me he casado, y á nadie tengo que echar la culpa si me dejé engañar, porque si yo hubiera sabido que iba á tener tantos disgustos no me hubiera casado, y tú estarías mejor, si es que ya no te habían pelado esas mujeres que os gustan más á los hombres que las vuestras, y yo también estaría más tranquila con mi madre, que no sé cómo la pobre no se ha muerto ya, separada de su hija. Pero como las cosas no se pueden hacer dos veces, ya no hay remedio, y todo lo llevo con resignación, y lo que quiero es que tú no tengas queja de mí, y así tengo ya más razón para hablar cuando tú haces algo que no está bien, y ya sabe todo el mundo que yo soy una esclava, y que de mí no puedes decir lo más mínimo.

Yo quisiera que comieras tú mejor que un rey en su trono, pero, hijo, no estoy acostumbrada á dirigir la cocina, y las criadas ya sabes que son unas desmanotadas que no saben más que soltar pares de coces á los amos, sisar lo que pueden, y darle á una cien sofocaciones cada día, y si ponen un mal cocido los garbanzos parecen balas, y con ellas no hay que contar poder comer una cosa que esté medio regular, y pierde una la paciencia y el estómago y la salud.

El consuelo que tengo es que tú tienes la culpa, Perez. ¿Te extraña lo que digo? Pues es la verdad, tú sólo tienes la culpa, porque si estuviera aquí mi madre, comerías tú mejor que un obispo, y yo estaría descansada, y los niños mejor atendidos, y las criadas no nos harían picardías, porque mi madre estaría siempre ojo alerta, y bonita es ella para que la engañe ninguna de esas bribonas, Dios me perdone, que me han de quitar la vida. ¿Ya te acuerdas de lo bien que comiste aquellos tres meses que mi madre estuvo con nosotros? Ella te hacía el flan de café, que te chupabas los dedos de gusto. Las patatas fritas, cortaditas delgaditas y tostaditas, ¿cuándo las has comido tú mejores?... ¿Y aquellas chuletas á la milanesa?... ¿Qué cosa más rica!... Una rabia me dá que ya no las comas.... Ya ves tú, mi madre está en sus glorias cuando hace en la cocina alguna de esas cosas tan apetitosas que nadie hace como ella, y estoy segura de que todos los días haría algun platito especial para tí. Natillas, arroz con leche, crema de café, de naranja, de limon, de vainilla, empanadas de carne, de pescado y de todo lo que Dios crió; todo eso lo hace mi madre de una manera que no hay quien pueda con ella. Si tú quisieras, mi madre vendría aquí, y te encontrarías bien cuidado y bien servido, y economizarías lo que ahora te roban las criadas, y yo no tendría la sangre frita, y poco que divertiría á los niños, contándoles tantos cuentos como sabe, y por la noche haría medias y calcetines para ellos, porque á mi madre no le gusta estar parada, y en fin, tendrías tu casa como una taza de plata, y no nos quitaría nadie un alfiler, y en tu salud habías de tomar la ventaja, en tu salud y en tu bolsillo. ¿Con que qué me dices?... ¿Dices que no sabes qué decirme?...

¡Ay! Dios mío, ¡qué poco cuidado te dá que yo me canse y me fatigue de lidiar con las criadas! Tú no me ves, tú no miras cómo yo estoy, con esta tos que no se me quita, tan desmejorada, yo que tenía unos colores tan hermosos, tan flaca, que los vestidos se me han quedado todos que parecen unos sacos higueños; no ves estas ojeras que tengo, y que he perdido las ganas de comer y de todo.

Es claro, como que hace mucho tiempo que no tengo un día bueno; los embarazos, los malos partos, el tiempo que he estado criando, y luego, tu indiferencia, y las sofocaciones que me dan los chicos y los criados... ¿qué ha de suceder?... Yo no sé cómo no he muerto ya; pero ¡no lo dudes, conozco que voy para tísica, y puede que tengas que gastar un dineral en llevarme á Panticosa, porque me parece que si el médico lo manda no tendrás más remedio que hacer el sacrificio, á no ser que quieras dejarme morir como un perro, sin que me asista nadie ni se me dé ningun remedio.

Si estuviera mi madre en casa, ya sería otra cosa; ella además de prepararte la comida, buscándote siempre el gusto y el apetito, haría por mí, y sabría lo que me conviene tomar, porque ¿quién ha de conocer mejor que ella mi naturaleza? Con que tú diras, Perez. ¿Dices que qué es lo que quiero que me digas? ¡Hombre! parece que te estoy proponiendo alguna infamia, alguna cosa que no esté en el orden... Te advierto que mi madre no sabe nada de lo que yo

estoy diciendo, ni ella me ha dicho una palabra de venir acá. Yo soy quien quiere que venga mi madre, y no por mí, bien lo sabe Dios, sino por tí y por los niños, pero principalmente por tí, que bien sabes lo que te quiere mi madre... No digas que no es verdad, porque eso sí que no te lo paso. Te quiere más que á mí, y siempre que ha sabido que hemos tenido algun disgustillo, te ha dado la razón... ¡Jesús! si tu madre viviera, todo mi gusto sería que estuviera con nosotros, aunque no hiciera nada más que estar sentada en una silla... Mi madre está muy ágil, más que yo, porque no ha tenido tantos disgustos, y mi padre se miraba en ella y jamás le dió ninguna sofocación... Al contrario, mujer más mimada que mi madre no la ha habido, como yo lo fui también hasta que me casé... Pero, en fin, no me quejo; yo me casé por mi gusto; si luego me ha salido como me ha salido nadie tiene la culpa más que yo.

Te soy franca, al ver la cara que has puesto hoy, comiendo, he pensado que sólo estando aquí mi madre, comerías mejor que nadie en el mundo, á la española, á la francesa, á la inglesa, como quisieras, porque mi madre tiene un libro muy bueno de cocina, y siempre guisa lo que reza y como lo reza el libro, y así nunca le sale una cosa mal... Ella puede que no quiera venir, porque esa cara que pones sólo tu mujer te la puede aguantar, porque no tiene otro remedio; pero yo de mi madre consigo lo que quiero, así me sucediera lo mismo con mi marido, y la haré venir con nosotros en cuanto se lo diga. ¿Quieres que se lo diga?... ¿No contestas?... ¡Dios mío! ¡qué hombre! ¡qué manera de tratar á su mujer!... Si se tratase de traer á casa al amigote á quien prestaste los veinte duros, ó á alguno de esos de la Tertulia radical, ya sería otra cosa, pero como se trata de mi madre, de la abuelita de sus hijos... ¡Válgame Dios! desde que me he casado no he tenido un día siquiera de satisfacción, no he conseguido nunca que mi marido haga una sola vez mi voluntad, y no estaría peor si me hubieras comprado allá en América como esclava. Todo sea por Dios y por la Santísima Virgen... No me digas que no llore, que me irrita oírte. ¡Cómo ha de ser!... ¡Paciencia! que es lo que me dice siempre mi confesor; pero aunque una quiera tener paciencia... ¡Ay, Dios mío! déjame llorar, que si no lloro me voy á ahogar... ¿Qué dices, Perez? ¿que no te opones á que venga mi madre?... Bueno, en cuanto me levante por la mañana voy á buscarla, y ya verás qué bien comés, y qué bien estará todo en la casa... Ya no lloro, hombre, ya no lloro. ¿Quieres dormir?... Bueno, pues ya me callo; ya sabes tú que por nada del mundo quiero yo incomodarte.

Comentario de Perez.

Mi mujer se durmió; yo tardé mucho tiempo en dormirme, y no era extraño mi desvelo. Pensaba que el día siguiente volvería á casa mi suegra.

C. FRONTAURA.

RETAZOS.

(APUNTES VARIOS.)

Sr. D. Carlos Frontaura:

No hallo, querido amigo, otra cosa que dar al voraz CASCABEL: ahí van varios apuntes sueltos sobre diferentes asuntos que deseo le sirvan. Hojas sueltas de mi cartera, tienen por lo menos la ventaja de la variedad.

¡EL TIEMPO!

Hace mucho idem que deseo dedicarle algunos párrafos.

Yo quisiera dar á Vds. una definición de él; pero esto no es tan fácil como parece.

El *Tiempo* (no el periódico) es un caballero ya *pasado*; pero que *pasa* todavía y que siempre *pasará*.

Camina continuamente, por nada se detiene, por nada se acelera, y todo lo mira con indiferencia.

No hace paradas en su tránsito, y jamás se ha presentado, caso de que se detenga, en ninguna posada á tomar un refrigerio.

Lleva continuamente un lápiz en la mano para ir haciendo sus apuntes de viaje.

Al pasar por cada pueblo deja escrita en él su historia.

Cuando encuentra alguna persona en el camino, (y no tiene más remedio que encontrarla), traza en la fisonomía de aquella persona alguno de sus rasgos. La primera vez que uno se lo encuentra, se limita á dibujar líneas imperceptibles. Repitiéndose estos encuentros, las líneas se van acentuando.

Y como cada año tropieza uno con él, resulta que cuando trascurren muchos, acaba uno por tener la cara como un mapa.

A estas líneas les llaman arrugas en el mundo.

pero no son otra cosa que las señas con que el lápiz del tiempo va marcando los encuentros que ha tenido con las gentes.

Yo estoy muy disgustado con el tiempo. Esto de que me haga caminar sin tregua ni descanso hacia la tumba; esto de que cada año me haya de dar un chafarrinazo en el semblante para ir anotando el tiempo que he estado en este mundo, por más que nadie me pregunte qué edad tengo (bien que para qué me lo han de preguntar si la llevo escrita en el rostro), es cosa que nunca se la habré de perdonar.

Y cuando yo no se la perdono, figúrense Vds. lo que harán las señoras, que de suyo son más rencorosas y cuidan más de su pellejo, quiero decir, de su semblante, en el que tienen cifradas todas sus esperanzas.

Las mujeres tienen efectivamente al tiempo una aversión inextinguible, no por otra cosa sino por lo que las desfigura y las afea, y por las cifras de los años que en ella va escribiendo.

Hay pues que dirigir al tiempo una reverente exposición en que digamos:

«Los que suscriben piden al Señor Don Tiempo: que pase enhorabuena, aunque sea por encima de nosotros, tantas veces cuantas quiera; pero que con ese lápiz fatal que siempre usa, no pinte en nuestros rostros esas denunciadoras arrugas que pregonan nuestra edad. Es gracia que esperamos de V. S. como presidente de la «comisión de ornato público y revoque de fachadas,» y por la cual le viviremos agradecidos todos los años que V. S. quiera puesto que de V. S. depende que lo estemos muchos. Dios guarde á V. S. muchos años, etc.»

UN TEMA QUE SIEMPRE ES DE ACTUALIDAD.

La pólvora es, ni más ni menos, lo mismo que la Revalenta arábiga.

Hombre, ¡qué atrocidad! dirán algunos de mis lectores.

Y sin embargo, nada hay más exacto.

Porque si la Revalenta arábiga es la panacea que cura todas las dolencias de la humanidad, la pólvora es otra panacea con la que se resuelven todas las cuestiones de la misma especie humana.

Porque, eso sí, la humanidad en sus cuestiones sociales y políticas, no tiene más que pólvora.

Con esta panacea, tan buena ó mejor que la Revalenta, cura todas las dolencias y las quejas de los pueblos.

El fuego de la pólvora es el brillante resplandor del heroísmo, la aureola de la gloria, el trueno de las tempestades de la guerra, de esta diosa que preside los destinos de la humanidad, y que nunca se ha visto satisfecha de holocaustos.

Dicen los detractores de la pólvora—porque no hay grandeza humana que no tenga sus detractores—que es negra y oscura como la traición.

Opaca como la noche.

Que siempre está de luto, por los desastres de que es causa.

Que ha sido el horrible aborto de un genio del averno, negro y fatídico como las tinieblas.

Que ha sido la intervención de la cobardía; más aún, el monstruoso engendro del miedo y de la traición.

Que por su causa el heroísmo tiene que sujetarse á las ciegas eventualidades del azar.

Que por ella se han puesto los pigmeos en repugnancia y grotesco parangón con los gigantes...

Y qué sé yo cuántas cosas más. ¡Trivialidades!...

Cuando se quiere rebajar hasta el último término la suficiencia de una persona, se hace de este modo:

«Fulano no ha inventado la pólvora.»

Ergo, aquel que la inventó, dejó probado hasta la saciedad que no era rana.

Antes de inventarse la pólvora el mundo estaba más tranquilo.

No se conocía ninguno de esos genios fuertes que

de la moderna civilización; la explotación de las minas, y esas perforaciones prodigiosas de montañas que unen naciones y regiones divididas por la naturaleza, con el lazo fraternal de la ciencia y de la industria, última meta de la marcha progresiva de la humanidad.

RECOLETOS! POETICEMOS UN POCO.

Dudo que el Paraíso terrenal encerrase tanta ventura, tantos atractivos como ese poético jardín.

Flores por todas partes, flores de todos géneros y tamaños; miradas incendiarias, sonrisas picarescas, corazones flechados, la primavera ostentándose con toda su belleza y toda su voluptuosidad.... ¡qué sé yo!

Adán, rodeado de animales, sólo tuvo una mujer á quien adorar.

Cualquier Adán de nuestros tiempos tiene un millón, donde escoger, y medio millón, por lo ménos, que admirar.

¡Cuántas historias amorosas habrán tenido en Recoletos su prólogo!

¡Cuántos jóvenes de ambos sexos habrán escrito allí la primera página de una novela, que luego acabará como todas con un casamiento, ó como algunas, con un fin trágico!

¡Cuántas habrán acariciado una ilusión, creyendo que las ilusiones se realizan, y cuántos comprenderán más tarde que las ilusiones nacen y mueren en este mundo sin conocer, ni de vista siquiera, á la realidad!

¡Y cuántos, que habrán concebido esperanzas de ser amados se convencerán más tarde de que la mujer que da más esperanzas es la que ménos dispuesta se halla á traducirlas á la vida real!

¡Oh! ¡La mujer!... Misterio incomprensible. ¿Quién la conoce? ¿Quién puede vanagloriarse de haber descubierto todos los secretos de su corazón?

Un escritor francés la llama el octavo pecado capital.

Otro español dice que es un cacho de gloria.

Ajústeme Vd. esas medidas.

LOS TEATROS-CAFÉS.

Lo mismo que hay *tés literarios* y *danzantes*, hay también ahora *café dramáticos*.

En casi todos los que no están situados en el centro funciona una compañía de declamación.

En dichos templos del arte al *por menor*, hay repertorios para todos los gustos; en ellos tienen su representación todos los géneros; allí se siguen todas las escuelas.

Desde *Sancho García* con media tostada de abajo, hasta el *Sí de las niñas* con media copita, se sirven al público todo género de producciones literarias, mezcladas con la correspondiente salsa del arte... culinario.

Únicamente en un siglo tan material y positivista como éste, y hasta tan estomacal, hubieran podido armonizarse dos cosas tan antitéticas. Lo que es sustento de la inteligencia, el arte, lo que es pasto de la materia, el panecillo con manteca, la prosaica tostada, ó la chuleta.

No es malo ciertamente que el pueblo acuda á tales espectáculos, donde por poco dinero pasa la noche agradablemente entretenido; pero también es verdad



—Abuelito, cuando yo sea grande quiero ser soldado de á cabal'o como ese.
—Honrosa y noble profesion quieres, hijo mio. Yo la he tenido hasta que me han faltado las fuerzas.
—Pero es que yo quiero que cuando sea grande haya guerra, porque me gusta mucho la guerra. Dí, abuelito, ¿habrá guerra, cuando yo sea grande?
—Hijo mio, es probable; estamos en España.

por antonomasia se llaman *polvoritas*, y que tienen tan fatales explosiones.

Desde que la pólvora se conoce, nos sentimos todos más inflamables y nos disparamos con mucha más frecuencia.

Seria curiosa una estadística en que se fijasen las víctimas que ya por el suicidio, ó ya en los campos de batalla, ó bien en las excisiones populares, ha hecho la pólvora.

Personas entendidas en la materia—sin que por eso sean polvoristas—aseguran que desde que la pólvora se usa en las batallas, la mortandad es mucho menor que la que habia cuando solo se conocian las armas blancas.

¿Ven Vds. cómo aun tenemos que agradecerle al inventor?...

Pero como no hay libro malo que no tenga alguna cosa buena, debemos consignar aquí que al uso de la pólvora aplicada á los barrenos se deben esas inmensas explanadas para las vías férreas, suprema fórmula

CASCABELES.

que mucho podría enseñarse con ellos, si en vez de las manifestaciones del *can-can*, como sucede en algunos, muy pocos, se les ofrecieran siempre obras escogidas y morales.

Mucho se le podría enseñar; pero es el caso que ya se le enseña demasiado con este imprescindible fin de fiesta, que ha de consistir fatalmente en un *can-can* desvergonzado, y con el contacto de una *sociedad* que, no considerándose en un teatro, sitio al que siempre se asiste con algunas circunspección, se produce del modo libre á que convidan las circunstancias y el lugar.

No es éste el más á propósito para explicar todas las consideraciones que sobre el asunto nos ocurren, y nos limitaremos á decir que la decadencia y la prostración en que el verdadero teatro yace, y la penuria en que se encuentran actores y escritores dramáticos, se debe en gran parte á esos innumerables centros en que se representan *obras*, la mayor parte de las veces sin condiciones literarias y sin fin moral, y ejecutadas por *artistas*, que si no pervierten el gusto del público, lo acostumbran, sin duda, á malas mañas.

Hay, sin embargo, honrosas excepciones que me complazco en reconocer.

Basta de teatros con tostada.

Y basta por hoy.—Si esto sirve para llenar un par de columnas quedará cumplido el objeto de su afectísimo amigo

RICARDO SEPÚLVEDA.

VIVA BILBAO!

El valeroso ejército español, arrollando todos los obstáculos, salvando todas las contrariedades y escribiendo una nueva y brillante página en su historia, ha ocupado, despues de rudos combates, las posiciones tan tenazmente defendidas por el absolutismo: San Pedro Abanto, Santa Juliana, Galdames, Montañón, en una palabra, los formidables terrenos en que el carlismo oponía mayor resistencia.

Bilbao, la tres veces invicta villa de Bilbao, como muy oportunamente la calificó un cariñoso amigo nuestro, hijo de aquel país, se habrá visto libre al tiempo en que nuestros lectores reciban este número, del obstinado cerco que la habian puesto las fuerzas carlistas, ansiosas de triunfar de su indomable valor. ¡Quiera el cielo que las dolorosas pérdidas sufridas por ambos ejércitos sirvan para acelerar el término de la sangrienta y prolongada lucha y para hacer que desaparezca el tenaz empeño del Pretendiente, cuyas ambiciones son tan funestas á la patria!

El carácter de nuestra publicación y el corto espacio de que podemos disponer en este número nos impiden detallar las operaciones militares cuyo resultado ha sido la liberación de Bilbao: sólo diremos que todos los generales, jefes, oficiales y soldados han rivalizado en bizarría; que el bien combinado plan de ataque ha contribuido poderosamente á que no sea muy elevado el número de las víctimas y que el carlismo se repondrá muy difícilmente del rudo golpe que acaba de recibir.

Hagamos todos fervientes votos porque termine cuanto antes una guerra que nos empobrece y nos deshonra y elevemos nuestras preces al cielo por el eterno descanso de las víctimas de las discordias civiles.

He tenido ocasión de examinar el tintero inagotable que ha puesto á la venta el Sr. Bellver, de Valencia, y en verdad digo á Vds. que su sistema de tintero mágico es mucho mejor que el de los franceses é ingleses.

Se hace la tinta, limpia y de hermoso color, con la mayor facilidad, y con un tintero tiene un hombre para toda su vida.

El que yo tengo me servirá por el resto de mis días, y lo legaré al radical que pruebe haber tenido más trastienda que Martos.

Recomiendo con gusto el tintero inagotable del Sr. Bellver, y espero que dentro de poco no se usarán otros tinteros en el mundo más que los suyos.

¡Han comprado Vds. ya el precioso libro *Mujeres del Evangelio*?

Lo digo porque si no lo han comprado Vds., no pueden decir en ninguna parte que tienen buen gusto literario.

Ahora Vds. harán lo que quieran.

El Sr. Price ha abierto ya su Circo ecuestre.

La compañía es magnífica.

Hay ginetes capaces de montarse en una veleta, amazonas que volverán locos á todos los millonarios del mundo, y *clowns* mucho más graciosos que todos los radicales juntos.

En el Circo se van á ver este año prodigios nunca vistos, por lo cual aconsejo á Vds. que vayan allá siempre que puedan, y admirarán lo que pueden esos seres privilegiados que, en lugar de dedicarse á la alta política, se dedican á la alta escuela y á la alta cuerda y á andar por todas las alturas, sin riesgo para nadie más que para ellos mismos, que suelen romperse un alon á lo mejor á fuerza de hacer habilidades.

Salud, mister Price, y que gane V. mucho dinero. Será V. uno de los pocos que lo ganan ahora.

—Doña Luisa, ¡qué noches tan aburridas pasamos!

—Pues, ¿cómo?...

—Ya vé V., antes nos íbamos á casa de doña Juliana, no gastábamos luz, y siempre volviamos con cuatro ó seis pesetas de vacas que les daban á las chicas los amigos. Y á mí raro era el entrés que se me escapaba. Pero el gobernador nos ha cerrado la casa de doña Juliana, y está la pobre buscando otra casa, á ver si podemos volver á entretenernos sin ofender á nadie.

—Amigo, hemos sido derrotados.

—¿Qué dice V?... Cómo Serrano?...

—¿Qué Serrano ni qué niño muerto? Yo no hablo de Serrano.

—¿Pues de qué?...

—De las partidas.

—¡Ah! ¡V. es carlista!

—No, hombre, no, hablo de las partidas de juego. El gobernador ha cerrado todas las casas.

—Bien hecho.

—Oiga V., yo me ganaba todos los días cincuenta duros de casa.... ¿Le parecerá á V. que debo estar contento?

—V. no estará contento, pero ha hecho bien el gobernador.

Se ha publicado el tomo 3.º de las obras de Ruiz Aguilera, que contiene el *Libro de las sátiras*.

Dieho el nombre del autor no hay necesidad de hacer el elogio del libro. Es tan bueno como todos los del autor.

En la temporada próxima volverá D. Manuel Catalina con su excelente compañía al Teatro Español.

Lo celebramos mucho; nunca debió salir de este teatro que jamás ha estado tan brillante como lo estaba bajo su acertada dirección.

Y no habrá *Manzanas de Oro*.

—¿Y el pariente, doña Juliana?... sin colocación?...

—Calle V. que está el hombre más aburrido....

—¿Quiere V. que hable á D. Froilan, que tiene ahora mano con el Gobierno?

—¡Ay! no, señora, mi marido no sirve para otro destino que el que tenía.

—Pues, ¿qué era?...

—Ya vé V., gancho de una casa de juego, y las han cerrado todas. Ya vé V. y se ha quedado en la calle un monton de hombres de bien.

—Ya lo creo, como su pariente de V.

Muy pronto se abrirá el elegante circo del Principe Alfonso, donde vamos á ver este año una escogida compañía de verso y la excelente de baile de que forman parte las hermanas Pinchiara, tan queridas por el público.

Las incomparables actrices señoras Mendoza, Tenorio y Valverde, y los excelentes actores Mario, Alisedo y Maza forman parte de la compañía de verso.

El primer baile que se pondrá en escena será el titulado *Satanella*, de cuyas sorprendentes maravillas se hacen grandes elogios.

Deseamos todo género de prosperidades al espléndido empresario del Circo de Madrid.

Dice *El Eco de España* en un artículo tan juicioso como todos los suyos, que si la reina Isabel hubiese llamado al poder á los progresistas, éstos hubieran sido de los más entusiastas borbónicos.

Ya lo creo, y hubieran sembrado de flores su camino, como dijo *La Iberia*, cuando un chusco escribió en cierto periódico que los progresistas iban á ser llamados y ellos se lo creyeron.

Esperando á la bella Serafina estaba un señorito en una esquina, pero el padre de aquella, don Gonzalo, le vió al pasar y le pegó un buen palo.

Cuando estamos pensando en la ventura, solemos encontrar solo amargura.

Con cierto radical ya desahuciado la bella Trinidad hoy se ha casado; pero dice la bella Trinidad, que lo hizo por coger la viudedad, mas tan bien representa su papel que él presume que está muerta por él, cuando lo fijo y cierto es que es el radical quien está muerto.

Los radicales son unos varones que se hacen demasiadas ilusiones.

En el teatro de Apolo se ha representado un juguete cómico del Sr. Blasco titulado *El anzuelo*. No lo he visto y no puedo dar mi opinión. Según el crítico de *El Imparcial* la obra es muy mala; según otros señores más indulgentes, cumple perfectamente su objeto de hacer reír, y según *La Correspondencia*, está admirablemente pensada y escrita.

Del Sr. Catalina hemos oído hacer grandísimos elogios, que creemos merecidos, conociendo su especial aptitud para el desempeño de la comedia de costumbres, en cuyo género no hay ningún actor en España que le aventaje, desde que murió el inolvidable Romea.

En el teatro de Novedades ha comenzado á funcionar una compañía de declamación, de la que forman parte la excelente actriz señora Carbonell, su hija la señorita Aranz, y actores tan conocidos como los Sres. Aranz, Alverá, Fuentes, Galé, etc., etc.

Hay además un buen cuadro de baile.

La empresa dará cuarenta funciones, poniendo en escena algunas obras nuevas y las mejores del repertorio.

Dentro de breves días se abrirá la Exposición de la industria y las artes de Cataluña, Aragón y Valencia. Esta Exposición, estamos seguros, ha de llamar extraordinariamente la atención del público, y pondrá de manifiesto que todavía hay en España quien trabaja, que todavía, si la política fuera lo que debía ser, podría rehabilitarse este desgraciado país perdido por los funestos políticos que le han hecho teatro de sus desenfrenados apetitos.

Los directores de la Exposición y todas las ilustradas personas que componen el Consejo merecen los mayores elogios por su constancia, por su diligencia y por su patriotismo. Las personas amantes del trabajo no podrán menos de admirar los esfuerzos de esos buenos españoles, entre los cuales seanos permitido citar á los Sres. D. José Emilio de Santos, D. Francisco Lopez Fabra y D. Antonio Guerola, siempre dispuestos á trabajar en favor de los verdaderos intereses del país.

ANUNCIOS.

A REAL LA LINEA.

Se reciben en la Administración: Plaza de Matute, núm. 2.

A REAL LA LINEA.

GRAN FÁBRICA DE CHOCOLATES MOVIDA Á VAPOR DE LOPEZ Y VAZQUEZ, CALLE DE GRAVINA, NÚM. 6.

Despacho central y oficinas: Cuatro Calles, esquina á la del Principe.—Casa fundada en 1808.

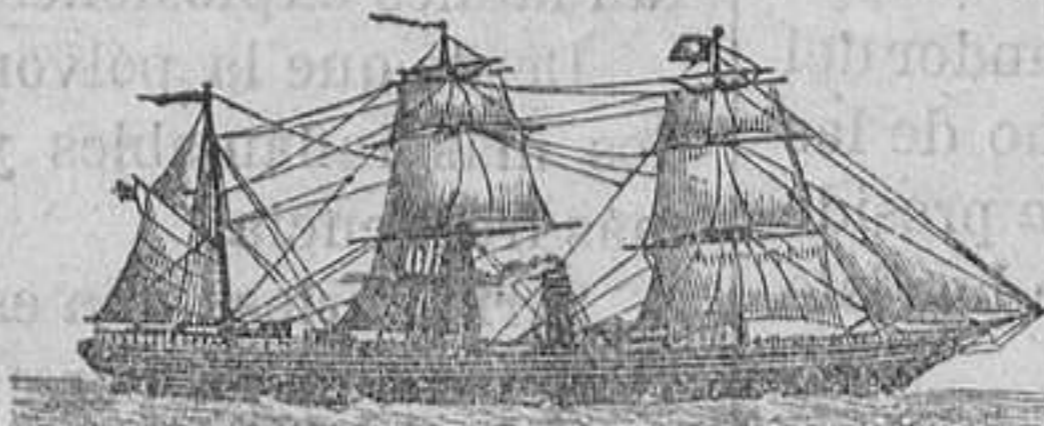
La respetable antigüedad de esta casa, cuyo crédito ha aumentado á medida que ha pasado el tiempo, nos dispensaba seguramente de encarecer nuestros buenos deseos para complacer al público en este importante ramo de la industria. Nos permitimos sin embargo, hacer constar que, para atender dignamente á las tareas de encargo, y sin reparar en sacrificios, hemos montado una gran fábrica con todos los elementos precisos para que la producción sea de la más excelente calidad, y no podamos temer ninguna competencia.

El público, que hace tantos años viene favoreciendo á esta casa, hará, estamos seguros, cumplida justicia á nuestros desvelos, que son testimonio de la gratitud que le profesamos.

Estos chocolates se expenden en las principales tiendas de ultramarinos y confiterías de Madrid y provincias.

Precios de chocolates; de 4 á 20 rs. libra.

Con vainilla de 10 á 20.



VAPORES CORREOS

DE A. LOPEZ Y COMPAÑÍA.

VARIACION DE SERVICIO DESDE ABRIL DE 1873.

Línea trasatlántica Puerto-Rico y Habana.

SALIDAS DE CADIZ... El 30 de cada mes.

IDEM DE SANTANDER... El 15 de id.

IDEM DE LA CORUÑA... El 16 de id. (escala)

Línea del litoral en combinación con las salidas trasatlánticas.

Salida de Barcelona el 29, para Valencia, Alicante, Cádiz, Coruña y Santander; y de Santander el 16 para Coruña, Cádiz y Barcelona.

AGENTES. Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripol y compañía.—Santander, Perez y García.—Coruña, E. De Guarda.—Valencia, Dart y compañía.—Alicante, Facs hermanos y compañía.—Madrid, Julian Moreno, Alcalá, 28.

¡DESDE EL CIELO!

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES

original de

DON CARLOS FRONTAURA

representado con gran éxito.

Se vende á 4 rs. y se manda á provincias remitien á queal importe.

Esta obra, por su sencillez, por su moralidad, y por no tener más que cuatro personajes, es muy á propósito para ser representada en casas particulares y sociedades dramáticas.

Administración de EL CASCABEL, Plaza de Matute, 2.

IMPRENTA DE EL CASCABEL. Calle del Cid, núm. 4, (Recoletos).